

# El gusto por los bailes

Daniel Sada

Rosita se disgustó  
porque su mamá le dijo  
que no anduviera en los bailes.  
Nomás de verle los gestos  
se le notaba la rabia,  
además pateó un canasto  
que estaba cerca de ella  
y se fue muy colorada  
a bocabajear sus ansias.  
En su cuarto la encerrona:  
gran lloriqueo reflexivo,  
mismo que por ser monserga  
a poco encontró lo inverso:  
la alegría de estar a solas  
recordando sus meneos,  
par de ritmos, bruto empacho,  
y pronto el llanto ya no,  
ni una lágrima nonata,  
sino la calma risueña  
de saberse una belleza  
deseada por los galanes  
más esbeltos de Saltillo.  
Año de mil novecientos:  
abridor de fantasías,  
tanto invento inenarrable  
por venir, tanta mejora,  
que ojalá en lo concerniente  
a los vales y a las polcas  
no acabara en un cambiazo  
empeorado o medio chango.

La mamá fue comprensiva  
con su hija retechula,  
debido a que más de rato

la dejó oír el gramófono:  
meterlo al cuarto: ¡qué bien!,  
aunque el ritual fuera lento,  
poner música: la óptima,  
y así devino el ensayo  
de balanceos sin cesar,  
mucha cadera paseada,  
oh regusto de remanso,  
cual si adrede se dejara  
envolver pasitamente  
por el humus de la gracia,  
amén de lo ensoñador  
de imaginar a sus anchas  
el siluetismo lejano  
en un salón atestado  
de esa gente adoratriz  
de los rigores del baile.  
Y a expensas de lo anhelado  
al tararear suspiraba,  
sobre todo porque allá,  
en la anchura del deleite  
de esos espacios cerrados,  
de hartos metros de loseta  
para deslizar los pies,  
podía sentirse una diosa  
que daba giros con brío,  
a sabiendas que ella sola  
se reinventaba a placer.  
Pero dejemos todo esto  
que fue efecto de un regaño  
y un encierro deplorables  
para dar paso a un detalle  
que no se debe escapar:  
Rosita Alvérez vivía  
con su madre en una casa

que parecía un bastidor,  
casa parva pero mona,  
en el barrio de Landín.  
Viuda la mamá y pesuda,  
más o menos, dicho sea,  
pues la herencia fue la justa  
para que ellas estuvieran  
desahogadas y tumbonas  
durante más de quince años,  
eso sí con buena estima  
la mamá adoptaba el modo  
de una sagaz tesorera,  
pellizcando cifras sabias.  
La mamá: la responsable,  
la poderosa, la dura;  
tenía que ser exigente,  
caripareja y tacaña. Además,  
no quería quedarse sola,  
y menos que su hija única  
se casara... con quién diablos.  
¡No!, ¡por Dios!, ¡cuánto problema!  
Y los bailes: lo propicio:  
la amenaza de abandono,  
el malcontento final,  
lo sexual, lo meón, lo peor,  
lo corrosivo que infesta  
y así el contagio indebido  
para siempre. ¡No!, de plano,  
porque de ser lo contrario  
qué frentazo se daría.

La asonada de Rosita  
es lo que hay que destacar.  
Hipócrita a conveniencia,  
cabizbaja se ponía  
ante un regaño materno.  
Sabiéndose derrotada,  
ella misma se encerraba  
en su cuarto apretujado  
y por ende hacía su teatro  
retechillón ex profeso,  
con gran cuantía de sollozos.  
¡Puras papas!, ¡mentirosa!,  
más bien se reía en secreto,  
a la espera de... ¿se intuye?  
Acto seguido: el consuelo,  
el gramófono (la carga):  
prestárselo, total qué,

¿correcta la solución?  
La mamá dadora, o sea:  
a medias arrepentida,  
porque le dolía enterarse  
de lo que para una joven  
era reprimir su gusto.  
Entonces que oyera música,  
a solas, hasta el hartazgo,  
como siempre sucedía,  
y hubo una vez que pasó  
algo de veras insólito,  
cómo es que Rosita Alvérez,  
muy chispera, tramó un plan  
que parecía peliagudo,  
mas como estaba dispuesta  
a jugársela de a tiro,  
una noche se fugó  
por la única ventana  
habida en su cuarto ínfimo:  
¿caber?: sí, remisamente,  
y escabullirse sin ruido:  
vestida despampanante,  
lo logró, bendita hazaña,  
ya después se pintaría  
sus labios con colorete  
y con rimel sus pestañas  
y sus cejas con un lápiz  
de grafito renegrido,  
además de darse crema  
y empolvarse los cachetes.  
Los cosméticos guardados  
en una bolsa de mano,  
así que todo ese rito  
lo realizaría de prisa,  
digamos que caminando  
hacia el lugar del evento.  
Baile en un salón grandioso,  
según se lo había informado  
otra amiga bailadora,  
en la calle, un día de tantos;  
desenlace, de resultas,  
ida obligada, sin más,  
en razón de que una orquesta  
violinesca y cornetera,  
venida de Monterrey,  
tocaría dificultades  
de ritmos a todo tren,  
sonidos cuyo alambique  
armonioso y rarefacto

una orquesta saltillense  
jamás podría ejecutar.  
Pomposo, entonces, el baile,  
singular de pe a pa... uf...  
no se lo podía perder.  
Y esquivando lo futuro,  
lo presente fue suputo.  
Que la ruca se durmiera...  
¿cuándo, siempre, más o menos...?  
Ella se dormía a las ocho,  
o tal vez un poco antes.  
Rosita dejó prendido  
el gramófono vetusto,  
cuyo sonido rasposo  
no duraría ni una hora,  
y la mamá, pues ya saben,  
fue a decirle y... ¡qué sorpresa!  
Nadie, ah: ventana abierta.  
Se fue Rosita muy zorra.  
SIN PERMISO. ¡Vaya treta!

La mamá supuso cuánto:  
tantos riesgos, tantos males.  
Supuso un baile, ¡pues sí!,

pero dónde acontecía. Barrio  
¿cuál? ¿La Guayulera?  
Allí había un par de salones,  
los más grandes de Saltillo;  
por lo cual ir enojada,  
angustiada, o al revés,  
con pugnancia resignarse,  
tras esperar y esperar... mmm...  
preferible lo segundo,  
ya que Rosita estaría  
de regreso cuando mucho  
en unos veinte minutos  
o máximo en media hora,  
o para qué preocuparse  
si los bailes lugareños  
por lo común terminaban  
cuando la electricidad se iba  
poco antes de medianoche,  
la cortaban, mejor dicho,  
a diario, sin excepción.  
De modo que la mamá  
no perdió la compostura,  
tuvo paciencia de más,  
dado que estaba segura  
de todo lo que infirió.



José Guadalupe Posada, cuaderillos, ca. 1910, colección Carlos Monsiváis

Ahora bien, el encuentro de ambas (ejem) se dio al aire libre, a oscuras, tanteador. Con sólo oír —apenas— unos cuantos pasos en su jardincito frontal: la mamá salió de ipso con una lámpara de petróleo. Nervios antes, calma ahora, y hubo alumbro de semblante: la sombra móvil —uy— con carraspeos. Luego: Rosita Alvérez: fantasma. Aparición. Lividez.

—¡Desgraciada! Te fuiste sin permiso. Tu treta no resultó. Ahora tienes que atenerte a las peores consecuencias. Y... bueno... métete para adentro, volada.

Tras esa sorpresa demasiado brusca el plan de Rosita se cebó y ¡ni modo! Quería ir por atrás de aquella casita, a hurto, si bien, astuta de más, y por la ventana que salió, colarse. Colarse delgada, hacerse aún más, cual fideo ranchero; también, por supuesto, ágil y campante como ella era siempre. Pero la mamá la cachó bien pronto. Estaba al pendiente, estaba furiosa.

Y las consecuencias, de resultas ¿cuándo? Lo primero, fácil, trabajar de sobra: barrer y trapear y limpiar el polvo. Casi reluciente y muy rechinante la casita curra. Agobio habitual. Cansancio. Obediencia. Y cero protestas. Así pasó un mes ¿multiplicador? Trabajal sin tregua: más, más, más, caray. No podía salir ni un rato a la calle. Agostado el ánimo. No obstante, una vez se enteró de algo: una amiga suya le mandó un recado, mismo que decía: “Mañana habrá baile en La Guayulera. En el Salón Lila. Tienes que asistir”. Entonces Rosita protestó por fin y dijo afanosa estar saturada de tanto deber. Cumplidora en serio, dócil, desde luego, y ¿qué más?, ¡¿QUÉ MÁS?! Se atrevió, por ende, a pedir permiso para ir ese viernes al baile en mención. La mamá aceptó:



José Guadalupe Posada, cuadernillos, ca. 1910, colección Carlos Monsiváis



—¡Andal, ¡vel, ¡diviértete!,  
pero te regresas antes de  
las diez, si no ya verás.

Taumaturgia ¿en juego?

Con la fecha del evento  
llegó toda la ilusión.  
Como nunca antes Rosita  
se pintarrajeó la cara.  
Se puso el mejor vestido,  
uno rojo que tenía  
lleno de flores pintadas.  
Se fue salerosa, pues,  
al baile cumbre de allá  
donde más gente acudía.  
Ida atardecida, grata,  
como dirigirse a un limbo  
donde un enredo de músicas  
solía desatarse en grande,  
líneas abstrusas que iban,  
se perdían en las alturas  
de aquel techo de carrizo,  
y abajo los poseídos,  
ambiciosos de meneo.  
¡Cuántos hombres para ver!  
¡Cuántas mujeres chulosas!  
Y todos desesperados  
por entrarle a los compases.

Aunque...

Había como el doble de hombres,  
cosa rara, pero sí. De modo  
que las mujeres podían ponerse  
sus moños, si así lo consideraban.  
A Rosita la sacaron  
a bailar varios galanes,  
como era la más bonita,  
no paró de disfrutar,  
a ninguno rechazó.  
Buena gente, y bella y cuánto.  
De los muchos bailadores,  
hubo uno sombrerudo,  
lucidor de un bigotazo  
y arrogante como nadie.  
Macho ejemplar retetoso,

dado que adrede portaba  
una pistola preciosa,  
hartos brillos repentinos  
tras la funda, en la cintura,  
y Rosita, temblorosa,  
le preguntó si aquella arma  
estaba llena de balas,  
a lo que él nomás sonrió,  
y dijo muy circunspecto:  
—¿Cómo crees que voy a andar  
con una arma descargada?  
No, mi reina, eso jamás.  
Soy un hombre de respeto.  
Conóceme desde ahora.  
Soy Hipólito Cantú.  
La muchacha de inmediato  
le pidió al galán ranchero  
que la llevara a su silla.  
Le daba miedo seguir,  
sobre todo presintiendo  
que a causa de tanto giro  
de repente a la pistola  
se le saliera un disparo.  
Pero Hipólito insistió:  
—Baila conmigo una tanda.  
Después te llevo a sentar.  
Forcejeo: escena infeliz.  
Ella queriendo alejarse.  
Él agarrándole un brazo,  
suavemente, todavía.  
Hasta que Rosita Álvarez  
muy resuelta lanzó un grito  
largo, adrede y, para colmo,  
destemplado, sin querer.  
Hubo pocos movimientos  
de valientes al acecho.  
Zafe, de vencida, o triunfo;  
medro cómico al final;  
casi roja la violencia,  
o digamos ciertamente  
que no hubo ni un color  
fuerte, pues los jalones entre  
ellos fueron grotescos y  
pocos... no pasaron a mayores...  
Lo peor: la inmovilidad:  
Rosita ya no bailó.  
Negativa a las propuestas  
de galanes procurantes.

Fue tristísimo el regreso:  
de Rosita, reflexiva,  
que hacía el repaso venal  
punto por punto de aquello.  
En tanto lo otro... ¡lejos!...  
lo que seguía a contracurso...  
que se alejara aún más...  
La casa: ah; la madre: puf...  
Es que viéndolo con tirria  
el hogar significaba  
un restrictivo acomodo  
o una derrota sesgada  
o más bien un desajuste,  
después del tiento ¡tan burro!  
Lo musculoso sentido,  
atrás, ay, que se quedara,  
lo más, ¡por Dios!, ¡ojalá!,  
aunque fuera asunto leve,  
por lo cual: renuncia a tiempo.  
Suerte, incluso; suerte a medias.  
Y se insiste en el regreso  
cae que no cae de Rosita,  
con lastrado horror macabro,  
esa vez —de plano— tanto,  
en compañía de la amiga  
bailadora, ¿se recuerda?,  
la que le daba recados,  
la anunciante que no era otra  
que Irene De la Antequera,  
la que la iba consolando  
diciéndole cosas sosas.

Sobre Hipólito la plática  
entre ellas, paso a paso.  
Tambaleantes, iban tardas,  
sobre calles empedradas.

Nada había que exagerar,  
salvo que hubo un desacuerdo  
que no fue más que una pifia  
y blablablá y sutilezas  
que para qué traer a cuento,  
sin embargo, las trajeron,  
en retazos: pocos, ¿cuántos?  
Era el miedo al fin y al cabo  
en redondo lo central.

Y la ruptura vibrante,  
pasando a los soliloquios.

Y el calor tan tocho al cabo,  
en la casa de Rosita.

Y el abrazo de madre e hija,  
exprimido, categórico.

De ahí que...

Por lo pronto al día siguiente  
ellas hicieron un pacto  
que al vapor se convirtió  
en una ley concluyente (dizque)  
pacto estricto, por supuesto,  
iluso y breve también:  
la hija trabajaría  
en las labores domésticas,  
de sol a sol día tras día, ¿eh?,  
y hacer todo con donaire,  
muy pimpante y pizpireta.  
Modo de irse preparando  
para aspirar a ser ducha  
en materia de limpiezas,  
ser un ejemplo radiante  
de una señora de casa.  
Imagen con delantal.  
Nada de que estudios locos  
cursando carreras mugres,  
sino ¡heredad!, ¡nido!,  
¡edén!, ¡familia!,  
¡ojalá!, ¡armonía!  
Pero estuviera casada  
o se quedara soltera,  
no había para dónde hacerse...  
Ser mujercita chulosa  
y grácil; ser, de revés,  
mucho así, removiendo con dulzura  
las bondades de lo simple...  
Y ahora volvamos al pacto  
para evitar enredarnos  
en temas que por desgracia  
ya nunca se desenredan.

Si pese a pese Rosita  
 cumplía con todo lo dicho,  
 tenía permiso continuo  
 de ir a los bailes de allí.  
 Pero si flaqueaba: ¡ah!  
 Lo malo fue que flaqueó,  
 una vez no limpió bien  
 los trastos de la cocina  
 y la ley funcionó al tiro:  
 no ir al baile de tal fecha,  
 ni a la calle, sino...

Lo que es la educación,  
 la buena, la complicada:  
 el respeto por delante.  
 No violentar en lo mínimo  
 el pacto que hubo entre ambas.  
 Teorético el artificio.  
 Fantasía de aquella época:  
 uh: el aguante a toda costa  
 ¿con duración de semanas,  
 meses, años? No, ¡qué va!

No fue el caso de Rosita.  
 Y hay que poner hasta arriba  
 un dato muy importante:  
 Irene le había advertido  
 que le seguiría mandando  
 recados todos los días,  
 papelitos encontrables  
 por ahí en el jardincillo  
 de su casa, por las tardes;  
 o sea que cuando el ocaso  
 se pintara allá al oriente,  
 Rosita saldría a leer tales  
 o cuales sorpresas manuscritas,  
 cotidianas, legibles,  
 bien lo querría: al respecto  
 solamente hay que decir  
 que la amiga hacía la letra  
 más grande de lo debido.  
 Entonces ni una semana  
 de respeto de la ley,  
 porque a Rosita, de plano,  
 ya le hormigueaban los pies.  
 Tan sólo tenía una duda.



José Guadalupe Posada, cuadernillos, ca. 1910, colección Carlos Monsiváis



¿Qué tal si volvía a encontrar  
a Hipólito en el salón?

—Rosa, esta noche no sales.

—Mamá, no tengo la culpa  
que a mí me gusten los bailes.

La culpa era de azar,  
del destino, o diga usted.

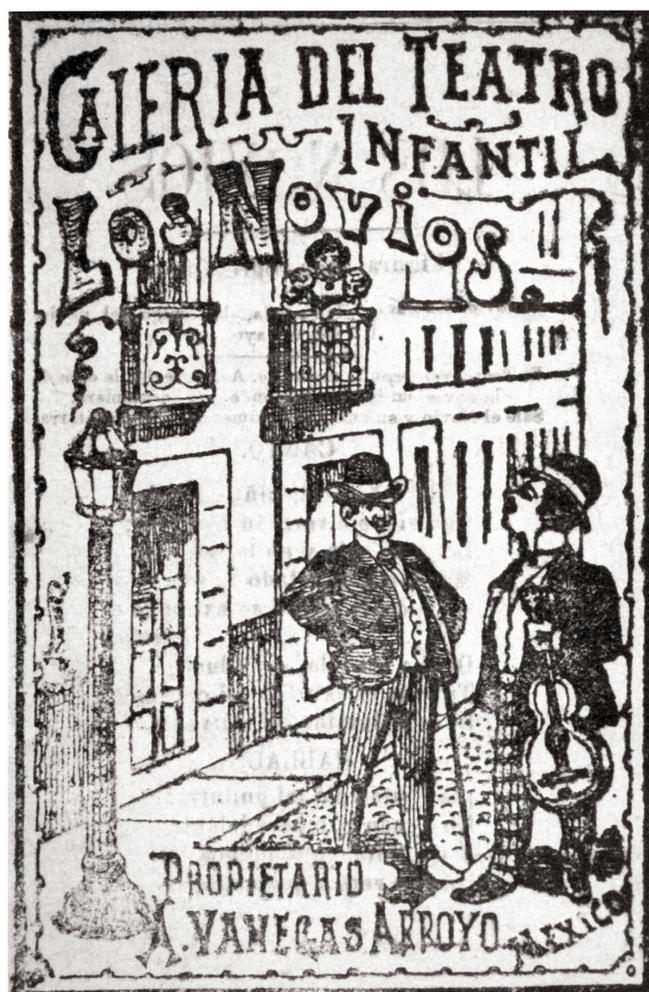
Los presentimientos femeninos casi nunca fallan.  
La mamá, con la consabida experiencia que dan las canas y las arrugas, le describió a su hija dos o tres monstruosidades, dado que temía algo atroz. ¿De ahí su preocupación?, bah, la adultez es paranoica.

A contracorriente el ansia.  
Irrumpir como subiendo  
con el gusto como escudo.  
Y pese a que casi hincada  
la mamá le suplicó  
que se quedara en la casa  
(que el gramófono a placer,  
que el encierro, que esto y lo otro),

aquélla se desató  
con cinismo sin igual,  
lo nunca visto (de juro),  
Rosita rebelde y dunda  
no quiso escuchar soseras  
y airosa se encaminó hacia,  
bueno, hay que aclararlo,  
antes pasó por la amiga  
a su casa e hizo bien.  
Juntas se cuidarían algo.  
Acto seguido: la fe  
en el deseo giratorio,  
en el baile sublimado,  
dejando que el ritmo hiciera  
las veces de una espiral:  
vueltas y vueltas y dicha:  
aunque también ya contaba  
con una resulta tiesa:  
bailar con cuanto galán,  
menos con ese señor,  
ese Hipólito del asco.  
Razón de más: su pistola,  
¡chin!, ¿por qué andaba con pistola?



José Guadalupe Posada, cuadernillos, ca. 1910, colección Carlos Monsiváis



Lo siguiente...

Notoria la entrada.  
Se oyó el taconeó.  
Ellas con su garbo  
paseándolo apenas.  
Ruido inexplicable,  
dado que la orquesta  
sonaba estruendosa.  
Rareza que sí.  
Empero los hombres  
en su mayoría  
voltearon a verlas  
y la admiración  
atónita siempre.  
Esas dos mujeres:  
¡qué bonitas!, ¡oh!  
Diosas de Saltillo,  
y de una vez oigan:  
diosas del planeta,  
total ¿quién discute?,  
pero más Rosita,  
que ni qué, de veras.  
Sobraban las sillas  
para las mujeres.  
Los hombres de pie,  
como debía ser.

Hipólito llegó al baile y a Rosa se dirigió...  
¿Sacarla a bailar? ¡Mira qué cabrón!,  
si hasta había de sobra mujeres hermosas,  
deseosas de baile, ¿por qué se obstinó  
el empistolado? Fácil, retefácil eso...  
se recuerda la otra vez  
cuando Rosa fue a sentarse  
sin el permiso de él;  
se recuerda el forcejeo.  
Ruptura. Negrura, al fin.  
Y el coraje predecible  
del bigotón que tan sólo  
apretó su puño izquierdo.  
Desaire antes, y ahora qué.  
Lo mismo: la negativa oscilante, caprichosa,  
aquella movió bien fuerte su cabecita monís;  
además de sus cabellos, como que muy bailadores.  
—Rosita, no me desaires, la gente lo va a notar.  
—Pues que digan lo que quieran, contigo no he de bailar.

La inercia de la reacción:  
lo agresivo empujador.  
Lo real queriéndose sueño,  
y el sueño una paradoja:  
Hipólito se sacó  
su pistola retrechula  
y le disparó a Rosita  
tres balazos, sin pensar.  
¿Trío letal? No, ni de chiste.  
Suerte ¿ufana o declinante?  
Nomás un tiro certero:  
el despachador chingón.  
De inmediato al pistolero  
lo agarraron varios hombres  
y más de rato llegaron  
unos policías armados.  
A llevárselo a la cárcel,  
allá la averiguación  
tras lo oscuro de la culpa,  
a confesarse con creces  
diciendo puras verdades;  
allá la firma final.  
Y las rejas horrosas.  
Crudo encierro.  
Y la impotencia sin más  
extendiéndose al garete  
como un cáncer despaciosos:  
a través de ¿cuántos años?  
Mientras tanto acá Rosita  
con sus balazos metidos  
en ese cuerpo de diosa  
que sangraba retégacho.  
Claro que ahí la desgracia  
sobre el suelo de loseta  
no podía modificarse.  
Claro que toda la gente  
se persignó con dolor.  
Rosita Alvérez: leyenda,  
tan cosita, tan bonita.  
Lo bueno fue que su alma  
se elevó gloriosamente  
y ahora se pasea en el cielo  
más o menos bailadora;  
tal vez deje de bailar  
cuando se tope de frente  
y platique muchas cosas  
con el creador de la vida.  
Si eso pasa: ¡qué dilema!,  
o quizá ¡qué desenfado! **U**